

Inauguración del ciclo 'El necesario fortalecimiento de España' Madrid, 23.01.17

Un día como hoy de 1995, Gregorio Ordóñez fue asesinado cuando lideraba en San Sebastián un proyecto político que estaba destinado a cambiar España. Que ya estaba cambiando su ciudad y el País Vasco.

He recordado muchas veces a Gregorio públicamente, como al resto de las víctimas de la violencia terrorista.

Lo hago hoy también, con el mismo compromiso de lealtad a su memoria que he sostenido siempre, junto a muchos de los que nos acompañan.

El compromiso de evitar que la verdad sobre la violencia y la barbarie que tantos españoles sufrieron y sufren aún, sea transformada en una ficción infame destinada a mezclar víctimas con asesinos.

A hacer de la responsabilidad personal de algunos, aún pendiente de saldar en muchos casos, el efecto colateral de un supuesto conflicto del que todos seríamos culpables a partes iguales.

Gregorio fue asesinado por una banda terrorista y ante la indiferencia de muchos. Era absolutamente inocente. Ni incitó ni ejerció jamás violencia alguna.

Nada puede cambiar estos hechos y nada debería cambiar su verdadero relato. Nunca.

La historia de España se ha utilizado demasiadas veces para justificar el pesimismo.

Pero yo no tengo, en absoluto, una idea pesimista de España ni de su historia. Al contrario.

Tengo espíritu crítico. Y lo tengo porque creo en mi país; porque quiero para él logros importantes que sé que puede conseguir.

Los consiguió a lo largo de los siglos. El nuestro es uno de los pocos países sin los que no es posible comprender la historia moderna. Y los ha conseguido también en las últimas décadas.

De manera que no vengo a hablar de ocasiones perdidas sino de oportunidades abiertas ante nosotros. Con realismo y con preocupación, pero con gran esperanza.

Nos convoca hoy la reflexión sobre el fortalecimiento de España. Una reflexión oportuna y casi apremiante.

Los países, como las personas, se fortalecen en la acción y se debilitan en la inacción. Se fortalecen cuando son convocados a una tarea exigente pero posible, que compromete sus capacidades, que moviliza sus recursos.

Que reúne a las personas y las hace protagonistas de un propósito compartido y de gran alcance.

La impresión de decaimiento de España, tan extendida, obedece a la falta de una tarea nacional compartida. De una convocatoria que movilice todas las capacidades, que siguen siendo muchas pese a todo.

Y quizás, a la duda sobre nuestras verdaderas posibilidades.

El recuerdo de algunos acontecimientos debería apartar de nosotros cualquier tentación de desconfianza y de pesimismo.

Porque hemos vivido décadas de transformaciones políticas, económicas y sociales extraordinarias. La primera fue crear juntos un sistema de gobierno plenamente democrático, asimilable al de los mejores países del mundo.

Superamos las amenazas de la ruptura, del inmovilismo, del revanchismo, de la discordia y del deseo de dividir. Fuimos responsables por todos los que antes no supieron serlo. No dimos la espalda a la historia, pero no nos dejamos arrastrar por ella.

Pasamos de la ruptura a los objetivos compartidos; del inmovilismo al proyecto de futuro; del revanchismo a la concordia; y del afán de división a un afán común que integraba la diversidad.

Dimos forma a un sistema que cerraba heridas y que abría espacios para la convivencia.

Convocamos a todos, contamos con todos, incluimos a todos.

Abrimos paso a un poderoso caudal cívico que alimentó nuestras mejores virtudes, la normalidad democrática, el pluralismo activo, la modernización económica y social y la apertura al mundo.

Realmente, sorprendimos. Y nos admiraron, porque, contra viejos y muy arraigados prejuicios, nuestra Transición fue un proceso virtuoso y auténtico.

Un proceso que produjo resultados buenos para todos. Que funcionó. Que salió bien. Que fue verdad. Y que sigue siéndolo, pese a la ignorancia culpable de quienes pretenden desacreditarlo.

Entendimos que la convivencia pacífica vale más que el cumplimiento de los objetivos partidarios de cada uno. Aprendimos a ser adversarios porque renunciamos a mirarnos como enemigos.

Logramos éxitos que hoy damos por descontados pero que ni fueron fáciles ni estaban garantizados: la consolidación de un Estado de bienestar avanzado, una economía dinámica que atrajo a millones de inmigrantes hacia nuestro país, como tierra de oportunidades. Una sociedad que llegaría a ser más próspera de lo que nunca había sido.

Una España capaz de romper su aislamiento. Un país relevante y, a veces, admirable. Que supo organizar con brillantez grandes acontecimientos de proyección mundial, políticos, culturales y deportivos.

Una sociedad pujante y vanguardista, abierta y receptiva.

Nos integramos en Europa y en el sistema de seguridad occidental, logramos que nuestra opinión no sólo fuera oída sino que se escuchara con respeto.

El éxito de la Transición y el prestigio de la Corona inspiraron los mejores esfuerzos de democratización en Iberoamérica.

Nos sumamos a la alegría del mundo libre por la Revolución de la Libertad que inició el derribo del Muro de Berlín. Pudimos ver el enorme poder transformador de la libertad dentro y fuera.

Basta mirar hoy a nuestro alrededor para ver que nada de esto es fácil para nadie.

La democracia de 1978 hizo posible el mejor periodo de nuestra historia. Porque hizo posibles sucesivas convocatorias de alcance nacional que tuvieron sentido y oportunidad histórica.

El 1 de enero de 1979, el presidente Suárez convocó nuestras primeras elecciones del periodo constitucional. Se cumplía así un anhelo de varias generaciones de españoles.

El 1 de enero de 1989, el presidente González asumió por primera vez en nombre de España la presidencia europea. Retornábamos a la primera fila de las democracias europeas.

El 1 de enero de 1999 España cofundó el euro. Nos convertimos en motor de Europa, como socio fundador de la moneda común. Un objetivo nacional que toda la sociedad española se esforzó por conseguir, desde unas condiciones de partida difíciles.

Cada uno de esos acontecimientos encerraba profundas transformaciones políticas, sociales, económicas y de posición exterior. El país lo notaba, la gente lo sabía. Era parte de ello.

Transformaciones de enorme impacto, coherentes entre sí y con nuestra propia historia.

Que crearon vínculos sólidos entre territorios, entre partidos y entre generaciones de españoles. Y con nuestros aliados y socios.

Que unieron al país y que lo insertaron en las corrientes internacionales que daban forma al mundo en cada momento.

Fueron décadas con muchas más luces que sombras, de política nacional, de convocatorias ambiciosas, de movilización y de expansión de nuestras capacidades.

Décadas de movilidad social, de progreso, de oportunidades, de cambios responsables, de avance y de apertura. De más y de mejor España, pese a los errores, que los hubo. Pero nunca mayores que la capacidad de rectificarlos.

Por mi parte, nunca he considerado el balance de los Gobiernos que presidí como algo trabajado en el vacío. Lo que se hizo entonces se hizo sobre un país que existía, que disponía de recursos y de capacidades, que sabía acertar y que quería mejorar.

Un país que podía ser gobernado de otro modo, mejor, pero un país que en todo caso era gobernable, que estaba fraguado en lo esencial.

Un país, en suma, que había vivido una experiencia histórica de éxito, no de fracaso, que lo sabía y que por eso podía y debía aspirar a más. Incluso a mucho más, como yo mismo pensaba.

Para que las fuerzas regresivas y disgregadoras no marcaran el rumbo. Para que primara la razón democrática, la libertad y el progreso de todos.

Nuestra ambición era razonable, estaba a nuestro alcance como españoles porque ya habíamos hecho un buen camino juntos.

Lamentablemente, hace tiempo que tenemos graves dificultades para dar continuidad a este relato.

No podríamos situar en 2009 ningún acontecimiento histórico semejante a los que he mencionado. Nada igual de memorable y a la vez igual de cohesivo y constructivo. Casi nada que no divida y aleje a unos españoles de otros.

Y creo, y lo lamento, que tampoco estamos en el camino de poder celebrar nada parecido en 2019.

El impulso modernizador, ambicioso y profundo, que nos permitió obrar la mayor transformación de nuestra historia se ha agotado, se ha diluido. Y con esa disolución han aparecido brechas; que pueden ensancharse hasta convertirse en amenazas de fractura.

Juntos, durante años, vertebramos España. Dejamos atrás la visión angustiada y pesimista de nuestro país. Pero hoy tenemos un país que se está desvertebrando. Socialmente, territorialmente y políticamente.

Creo que la tarea nacional más urgente es sellar esas tres brechas. Que están vinculadas entre sí, y que están agravadas, no contenidas, por el contexto internacional. También esto es una novedad.

Quiero detenerme brevemente en ellas.

Nuestra principal brecha es social, y lo es entre generaciones. Una separación aumentada por la crisis y por la respuesta que le hemos dado, que ha fortalecido casi hasta el blindaje las posiciones de algunos, y que ha debilitado casi hasta la desesperanza las de otros.

Que no ha reforzado las clases medias.

Que ha asegurado el trabajo y las rentas de quienes mejor trabajo y mejores rentas tenían, pero que ha debilitado las rentas y las oportunidades de otros muchos.

Que no ha abierto nuevos canales de movilidad social para nuestros jóvenes, que padecen una evidente desconexión entre su sistema educativo, sus expectativas y su mercado laboral real.

Y que son quienes menos rendimiento obtienen de un modelo de bienestar injusto con ellos e ineficiente para todos. Modelo que, sin embargo, nos resistimos a cambiar.

Jóvenes sobre cuyo futuro se arroja ahora una nueva y pesada carga en forma de déficit y de deuda, como medio de pago ordinario del bienestar de una parte. Y como precio asumido de la falta de reformas estructurales.

Se les pasará al cobro la factura de un bienestar que apenas disfrutaron, y cuyo importe se incrementará como marquen los mercados de deuda.

¿Qué les estamos dejando a los jóvenes? ¿Cuál es la contrapartida para ellos del peso que ponemos sobre sus hombros? ¿Qué pacto social les proponemos?

Si decimos que nuestra democracia de 1978 los vincula y es suya también, y así es, igualmente deben serlo las oportunidades que nacen de ella.

¿Cómo pensamos evitar que esa brecha se convierta en fractura, que impida cualquier política nacional de la que todos los españoles puedan sentirse protagonistas?

¿Qué estamos dispuestos a hacer para que la idea de ciudadanía sea para ellos algo más que una figura retórica, o una mera evocación de los buenos tiempos que otros sí pudieron disfrutar?

No estamos jugando limpio con nuestros jóvenes. Y eso es alimentar el riesgo de que la primera brecha termine definitivamente en fractura.

En segundo lugar, la brecha social aumenta al entrar en contacto con la brecha territorial, un proceso de centrifugación institucional derivado del mal uso de nuestro modelo autonómico.

Este debía operar como un conjunto de diecisiete puertas de acceso, amplias y abiertas, a la gran plaza mayor de la nación común.

Y como escenario para una rápida curva de aprendizaje político y administrativo, capaz de acelerar nuestro progreso.

Como competencia constructiva entre diecisiete modelos dispuestos a aprender unos de otros, a mejorarse unos a otros. Y a cohesionar al conjunto del país acelerando su convergencia en estándares cada vez más altos de calidad educativa, sanitaria, laboral, empresarial y cívica.

No ha sido así. Y no por su diseño, sino por un empuje político que no ha favorecido la apertura cívica sino el repliegue identitario.

La relación entre el Estado y las Comunidades es hoy un pulso permanente de suma cero o negativa. Como si se tratara de poblaciones distintas.

Llegamos al absurdo de pensar que mientras el todo se empobrece las partes pueden hacerse más ricas.

Al absurdo de pensar que el único Estado legítimo es un Estado residual.

No es así. Con un Estado débil y fragmentado perdemos todos. Sólo un Estado sólido y bien dimensionado puede garantizar la cohesión y la igualdad.

La unidad no se opone a la diversidad, sino que la hace posible. Sólo amparadas por la Constitución pueden pervivir las culturas y las lenguas de España en un entorno global como el de hoy.

Sin embargo, hemos puesto bajo sospecha la mera apelación a objetivos compartidos. En el mercado político se despacha cualquier variedad de radicalidad y de extremismo beligerante contra el marco de convivencia común.

Se desdeñan por anticuados todos los proyectos nacionales y se propone en su lugar un viejo sectarismo hueco y estéril. Adornado con ridículas pretensiones de profundidad y de novedad sólo entendibles en un ambiente general de degradación de la cultura y de la Historia.

La apertura de nuestro modelo político es para integrar. No para aplazar la ruptura sino para facilitar la concordia. La flexibilidad es para que el modelo funcione, no para que colapse.

Con un Estado residual en lo político y desmedido en lo económico no vertebraremos España y no revertiremos la brecha social.

Al contrario, debilitar la estructura institucional y sobrecargar el peso económico del Estado induce más brecha social.

E induce también brecha electoral, la tercera que nos amenaza. Porque polariza, desvincula territorios y personas, deteriora oportunidades y termina por tener su reflejo en la orientación del voto y en las ofertas electorales.

En los últimos años, la distancia entre los partidos relevantes situados más a la izquierda y más a la derecha de nuestro mapa político ha aumentado en más de un punto en una escala de diez. Y el proceso continúa.

El despoblamiento de la clase media tiene su reflejo electoral.

Los partidos nuevos no han tomado el relevo de los anteriores en su capacidad de integrar y de impulsar España transversalmente. No actúan para un proyecto nacional.

Al contrario, exhiben ruptura territorial, ideológica, generacional o histórica, no continuidad. Bajo la apariencia de un regeneracionismo gritón y en ocasiones asilvestrado -muy manido y fracasado en nuestra historia-, declaran y despliegan su vocación explícita de parcialidad y de división.

Por territorios, por edades, por tamaño de municipio y casi por cualquier variable económica, geográfica o social, el voto revela hoy la realidad de las brechas.

Cuando España transitó a la democracia, el contexto ayudaba. Cuando nos incorporamos a Europa, también. Cuando decidimos participar en la fundación del euro, existía un aliento europeísta común.

Firmamos en los años setenta un Acuerdo Comercial Preferencial. Se aprobó en los ochenta el Acta Única Europea, y en los noventa, el Tratado de Maastricht y el proceso de Unión Económica y Monetaria.

Hoy, algunos recordamos la imagen de Margaret Thatcher enfundada en un llamativo jersey con las banderas de los países europeos tejidas en él, y haciendo campaña activamente a favor del sí a Europa en el referéndum británico de 1975.

Diciendo, por ejemplo, que abandonar la Unión significaría romper un tratado, y añadiendo enfáticamente: “Y el Reino Unido no rompe tratados”.

Ese mundo europeo donde cabía esperar cosas como esa, o como la derrota electoral de un Giscard D’Estaing decidido a bloquear el ingreso de España a la Unión, ya no existe. Más bien existe lo contrario. En Europa y en América.

Y esto añade nuevas dificultades a nuestra tarea nacional pendiente.

Tenemos que conjurar el riesgo de desvertebración. Y tenemos que hacerlo dentro de una Europa debilitada social, territorial e ideológicamente, y en riesgo real de desvertebración ella misma. En un contexto global de polarización y de aislamiento.

En ocasiones, quizás como descargo, se dice que nuestros riesgos son los de muchos otros países. Es cierto. Pero sería un grave error pensar que estar todos solos equivale a estar juntos, o que estar todos mal equivale a estar bien.

Esta no es una tarea pendiente de ser dicha, sino de ser hecha. Es política. Nuestro progreso, equilibrado, transversal, nacional, ha quedado detenido. Hay que ponerlo en marcha.

Tenemos que devolver a nuestros jóvenes oportunidades de futuro claras y dignas. Tienen que sentir como real la responsabilidad personal en el desarrollo de su propio proyecto vital. Que existe una relación entre su esfuerzo y sus oportunidades. Que su país cuenta con ellos como son, no como nos conviene.

Debemos impulsar esfuerzos que restauren nuestra cohesión territorial.

España no se va a romper. Pero no basta con eso.

No basta con evitar lo peor, hay que aspirar a lo mejor. A aprovechar todas las oportunidades estratégicas, comerciales y culturales que el mundo global ofrece a los países grandes que además quieren ser importantes.

Lo tenemos todo para afrontar grandes desafíos y para convertirlos en nuevas ventajas y en nuevos éxitos. Sería lamentable que lo único que nos faltara fuera la voluntad.

Y este nuevo empeño nacional debe impulsar una reordenación del mapa electoral. Para que primen en él los movimientos inclusivos, el realismo y la responsabilidad. Los programas con ambición nacional y deseo de progreso, alejados del localismo empobrecedor, del populismo mendaz y del adanismo insustancial.

Cuando llegó la crisis económica ya estábamos sumergidos en una crisis de cohesión política, de ideas y de valores. Nuestra actual debilidad tiene en ese hecho su principal causa. Una debilidad que es brecha y que debemos evitar que sea fractura; y, más aún, derrumbe.

Sobre ella debemos actuar. Con confianza. Con la memoria de los mejores años de nuestra historia y la certeza, insuficiente, de formar parte de un mundo que ha sabido reducir la pobreza a su mínimo histórico y extender los derechos a su máxima frontera.

Sin dar nada por seguro, pero sin dar nada por perdido.

Estoy convencido de que sabremos hacerlo.